

CONCLUSIONES

Por RAFAEL CALDUCH CERVERA

Transcurridas dos décadas de la caída del muro de Berlín y tras la desintegración de la Unión Soviética, comienzan a despejarse la dos principales interrogantes abiertas respecto del futuro de Rusia, a saber: ¿Logrará la Federación Rusa convertirse en la heredera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) como potencia política y militar mundial o quedará reducida a un papel de potencia regional? ¿Las relaciones de Rusia con Estados Unidos y las demás potencias mundiales seguirán el camino de la cooperación iniciado por Gorbachov o volverán a estar dominadas por el conflicto político, la tensión diplomática y la disuasión militar?

De la respuesta estas interrogantes depende, en gran medida, no sólo la configuración estratégica mundial de las próximas décadas sino también la oportunidad de instaurar un orden político internacional que puede evolucionar hacia una efectiva multipolaridad cimentada en una cooperación multilateral o, por el contrario, la consolidación de un nuevo escenario estratégico en el que la conflictividad política y una nueva percepción de amenaza recíproca abrirían el camino para un nuevo proceso de rearme y proliferación cuya resultante final sería una nueva etapa de inseguridad mundial.

El grupo de investigación ha abordado la respuesta a ambas cuestiones desarrollando sus análisis alrededor de las que se han considerado seis dimensiones centrales en la proyección internacional de Rusia: sus relaciones con las potencias euroatlánticas (Estados Unidos y Unión Europea); sus relaciones con las potencias asiáticas y los efectos de su creciente

proyección en América Latina; la utilización de la energía como base del desarrollo económico ruso y, al mismo tiempo, como instrumento de su política exterior; la evolución de su capacidad nuclear, tanto civil como militar, y las reformas realizadas en sus Fuerzas Armadas como factores que la sitúan en el vértice de las potencias militares mundiales y, finalmente, los cambios experimentados por sus Servicios de Inteligencia y el papel que desempeñan tanto en el control del sistema político interno como en la adopción de las grandes decisiones en materia de política exterior y de seguridad. Estos análisis han sido precedidos por una reflexión general sobre las bases que sustentan el poder de Rusia en el siglo XXI.

Los seis capítulos de esta *Monografía* no se han realizado con una orientación prospectiva, pero de sus contenidos se extraen útiles conclusiones para definir el marco general en el que se desarrollarán las iniciativas políticas y estratégicas de Rusia durante la próxima década. Estas conclusiones son las siguientes:

1. Las bases del poder ruso durante las primeras décadas del siglo XXI son: la particular combinación de territorio y población; la centralización hegemónica del poder del Estado; la disponibilidad de un poder nuclear estratégico y el arraigo de la ideología nacionalista rusa.

Contrariamente a lo que se suele señalar, la disponibilidad de unas amplias reservas energéticas es considerada por los dirigentes rusos un eficaz instrumento para lograr el crecimiento económico e influir en las relaciones exteriores de Rusia con sus países vecinos, las potencias europeas o China, pero no lo valoran como una base sólida del poder del Estado capaz de impedir su quiebra económica o su desintegración, como ya pudieron comprobarlo tanto Gorbachov como Yeltsin.

2. Las relaciones de Rusia con las potencias del área euroatlántica (Estados Unidos y la Unión Europea) han experimentado dos etapas bien definidas. Durante la Presidencia de Yeltsin, coincidente en su mayor parte con las dos periodos de la presidencia norteamericana de Bill Clinton, Rusia aspiraba a lograr dos objetivos: evitar la injerencia occidental en el proceso de transición política y económica que estaba experimentando Rusia y recibir el apoyo internacional necesario para consolidar la hegemonía rusa en su entorno estratégico de las nuevas repúblicas independientes y los países de Europa Central.

Se puede afirmar que el presidente ruso alcanzó plenamente el primero de ambos objetivos, en buena medida porque coincidía con las preo-

cupaciones norteamericanas y europeas de evitar una balcanización de la Federación Rusa, y también logró un alto grado de aceptación de la hegemonía internacional rusa, sobre todo en el Cáucaso y Asia Central, pero no pudo evitar el expansionismo euroatlántico en los países de Europa Central, desde el Báltico hasta el Adriático.

Durante la segunda fase, que alcanza a las Presidencias de Putin y Medvédev, las relaciones de Moscú con Washington pasaron de una amplia colaboración, plasmada en el apoyo a la operación *Enduring Freedom* en Afganistán, a una abierta confrontación política y estratégica, cuyo corolario sería la intervención en Georgia en agosto de 2008, pasando por la oposición a la operación angloamericana en Irak en 2003.

A lo largo de este proceso, los dirigentes rusos buscaron el entendimiento político y diplomático con Francia y Alemania como base de equilibrio de poder frente al eje Londres-Washington, a la par que reforzaban su cooperación económica con la Unión Europea, no sin dejar bien patente la dependencia que la mayoría de los países europeos poseen del abastecimiento energético ruso.

La Presidencia de Obama y la ratificación del Tratado de Lisboa abre un nuevo capítulo de las relaciones euroatlánticas con Rusia, que los dirigentes del Kremlin tratan de aprovechar para establecer un tratado de seguridad continental (propuesta Medvédev) como condición necesaria para consolidar definitivamente su hegemonía en los países que Moscú considera su zona de seguridad en Europa Oriental (Bielorrusia, Ucrania y Moldovia) y el Cáucaso.

Al mismo tiempo, tanto la Unión Europea como el presidente Medvédev aspiran a lograr la conclusión de un nuevo acuerdo con la Unión Europea que sustituya al que se viene prorrogando desde 2007. Dicho acuerdo debería incluir avances sustanciales en el terreno económico y energético, además de introducir los fundamentos para una cooperación política y militar.

Parece evidente la voluntad de Rusia de mantener un amplio entendimiento estratégico con Estados Unidos y Unión Europea, tanto por razones políticas como por intereses económicos, pero las condiciones básicas que impone son el respeto a su zona de seguridad y el reconocimiento como potencia mundial con la que hay que contar a la hora de adoptar las grandes decisiones.

3. En las relaciones con el área de Asia-Pacífico, la política de Moscú ha tratado de mantener y consolidar su influencia hegemónica en las repúblicas centroasiáticas, lo que exige una presencia militar en la región y no deja de ser una fuente de tensión con China, potencia económica y militar en ascenso con la que los dirigentes rusos han iniciado una política de entendimiento político basado en la resolución de las disputas fronterizas. Este entendimiento político con Pekín ha abierto el camino para la cooperación energética y comercial, ampliamente desarrollada con el acuerdo ruso-chino firmado el día 21 de julio de 2008 que, sin convertirse en una alternativa comercial al mercado europeo, permitirá el acceso durante la próxima década al inmenso mercado chino garantizando así el crecimiento económico ruso.

Por el contrario, las relaciones ruso-japonesas siguen enfrentando el obstáculo de las reivindicaciones niponas sobre las islas Kuriles y los derechos pesqueros en la plataforma costera de Sajalín. La fuerte vinculación de Japón con Estados Unidos y la política de los sucesivos Gobiernos de Tokio seguida con Rusia no ha favorecido la solución de un litigio fronterizo heredado de la Segunda Guerra Mundial. Actualmente los dirigentes rusos no parecen demostrar ninguna preocupación por concluir las negociaciones ya iniciadas, máxime cuando carecen de un interés directo en el mercado japonés que pudiese estimular la solución definitiva como ha ocurrido en el caso chino.

La tradicional colaboración entre la India y la Unión Soviética, directamente generada por su común antagonismo con China, ha dado paso durante la última década a un cambio estratégico en la correlación de fuerzas asiáticas, como consecuencia de la política de apaciguamiento entre China y la India, por una parte, y la creciente influencia norteamericana en la zona, de otra. Efectivamente, la India ha pasado a convertirse en un decisivo aliado de Washington que, al mismo tiempo, ha cambiado su política con respecto a Pakistán que se ha convertido en un aliado necesario en la resolución del conflicto de Afganistán. Todo ello ha contribuido a reducir el enfrentamiento indio-paquistaní por la región de Cachemira y ha provocado un realineamiento estratégico en el subcontinente indostánico, cuyas consecuencias afectan a la zona del Golfo y al sudeste asiático.

Esta nueva situación geoestratégica ha obligado a los dirigentes rusos a revisar toda su política exterior para el área asiática. La primera consecuencia de esta revisión ha sido la búsqueda de un entendimien-

to con China y una mayor colaboración con Kazajistán y otras repúblicas centroasiáticas, plasmadas en la creación de la Organización de Cooperación de Sanghai. En segundo término ha promovido sus vínculos con el régimen iraní tanto por motivos comerciales como por razones estratégicas. Finalmente ha facilitado el apoyo logístico para la intervención militar de Estados Unidos y las potencias europeas en Afganistán, demostrando así su voluntad de cooperación con las potencias euroatlánticas pero al mismo tiempo demostrando también su voluntad de actuar como potencia con intereses mundiales.

Como se puede apreciar, la política de Moscú hacia el área asiática se está concentrando en dos objetivos prioritarios: mantener un equilibrio compensado entre las potencias mundiales y regionales que intervienen en esta región como garantía para sus intereses territoriales, estratégicos y económicos, de una parte, y la contención del fundamentalismo islámico y del terrorismo yihadista en la zona, de otra, lo que pasa por su colaboración en la resolución del conflicto afgano-paquistaní.

Respecto a América Latina, Rusia posee un interés prioritario en el terreno de las prospecciones petrolíferas en el Caribe. Además las inversiones vinculadas a la venta de tecnología y armamento a países como Venezuela, Cuba o Brasil, le está permitiendo recuperar parte de la influencia regional perdida en las décadas anteriores.

Mención especial merece la preocupación rusa por el Ártico y la extensión de su zona económica exclusiva aprovechando las características de la plataforma continental. En esa zona las expectativas rusas de explotación de los yacimientos energéticos a medio y largo plazo exigen una tecnología de la que todavía carece pero que, muy probablemente, desarrollará en colaboración con empresas occidentales durante la próxima década.

4. Como puede apreciarse, para los dirigentes rusos las exportaciones de gas y petróleo a Europa y China constituyen la base fundamental de su desarrollo económico, y por tanto de la estabilidad social y política del país durante las próximas décadas. Gracias a la recuperación del control estatal sobre las principales empresas energéticas del país, el presidente Putin logró estabilizar la economía e iniciar un proceso de recuperación tras la crisis experimentada durante las décadas de los años ochenta y noventa.

El aumento de la recaudación fiscal y una estricta política de gasto público han logrado convertir el déficit de la década anterior en un superávit que en 2007 alcanzó el 5,4% del Producto Interior Bruto (PIB). La limitación del gasto público ha contribuido a reducir el proceso inflacionista que pasó del 36,5% en 1999 al 11,9% en el año 2007.

Al mismo tiempo, las autoridades rusas han fomentado las exportaciones que, sin embargo, debido a la fuerte concentración en productos energéticos y armamento no han podido impedir la reducción de su impacto en el PIB desde el 58% en 1999 al 44,6% en el año 2007.

Se ha realizado una profunda reestructuración de la industria, especialmente de las empresas de hidrocarburos y de las de defensa, creando grandes corporaciones estatales como Rosnano, Rosatom, Rostejnologii y Rosoboroneksport, y aunque los resultados todavía no permite equipararlas a las corporaciones euroatlánticas como Lockheed Martin, Boeing, BAE Systems, Raytheon, General Dynamics o EADS, constituyen uno de los principales sectores rusos de innovación tecnológica y exportación.

Las mejoras financieras y económicas derivadas del conjunto de medidas de política fiscal, financiera, industrial y comercial, acometidas durante la Presidencia de Putin han permitido mejorar sensiblemente las condiciones sociales del país. El desempleo se ha reducido a la mitad aunque todavía alcanzaba en el año 2007 al 6,15 de la población activa. Los salarios y las pensiones han aumentado por encima de la inflación logrando recuperar una parte sustancial de la calidad de vida perdida en la década anterior. Estas mejoras sociales han reforzado la legitimidad de las instituciones estatales, especialmente de la Presidencia, lo que ha propiciado la puesta en práctica de una campaña de lucha contra el terrorismo, la corrupción y el crimen organizado que ha mejorado sensiblemente la seguridad del país aunque al precio de aumentar la centralización del poder presidencial en detrimento de las repúblicas y regiones federadas.

En conjunto, la economía y la sociedad rusas se han encontrado en buenas condiciones para enfrentar la crisis internacional desatada en la segunda mitad del año 2008. Evidentemente su impacto en Rusia, como en el resto de las grandes economías, se está dejando sentir especialmente debido a la caída de los precios del petróleo y el impacto de la falta de financiación internacional para consolidar el proceso de

reforma bancaria que se había iniciado. Pero todavía subsisten los dos principales obstáculos para el definitivo desarrollo de Rusia: la excesiva burocratización de la economía y la apreciable caída demográfica que ha experimentado entre los años 1990 y 2008 equivalente al 3,8% de la población total.

Tomando en consideración la evolución económica y política de Rusia, se pueden establecer tres escenarios básicos durante la próxima década. Un escenario optimista vinculado a un aumento de los precios del crudo, que inducirá una recuperación del crecimiento económico en un par de años. Un escenario pesimista como consecuencia del mantenimiento de los bajos precios del petróleo y la falta de financiación internacional, lo que provocaría la continuidad del proceso de recesión con los consiguientes efectos sociales y pérdida de legitimación del presidente Medvédev para ser reelegido. Por último, un escenario intermedio basado en una recuperación lenta pero progresiva de los precios de los hidrocarburos, facilitando el incremento de la actividad económica de algunos sectores básicos del país que actuarían de motor del crecimiento para el resto de la economía. En este escenario la reelección del tándem Medvédev-Putin, aunque con un menor apoyo electoral, quedaría garantizada.

En cualquiera de los tres escenarios y considerando la enorme dependencia rusa de sus exportaciones petrolíferas para mantener el crecimiento económico, resultará muy poco probable que las autoridades de Moscú utilicen de un modo amplio y continuado la suspensión de las exportaciones energéticas como un instrumento decisivo de presión respecto de terceros países.

5. Pero donde más se aprecia la voluntad de Moscú de seguir ejerciendo un protagonismo de potencia mundial es en relación con sus Fuerzas Armadas y el programa nuclear tanto civil como militar. En ambas áreas se han realizado amplias reformas destinadas a modernizar y potenciar la efectividad de las capacidades rusas.

Rusia dispone de la mayor cantidad de material fisionable estimado en 950 toneladas de uranio altamente enriquecido y de 145 toneladas de plutonio de grado militar, de los que alrededor de 355 toneladas de uranio y 55 toneladas de plutonio corresponden a ojivas nucleares operativas (desplegadas o almacenadas). El almacenamiento, el control y la seguridad del material fisionable constituyen elementos esen-

ciales de la seguridad nacional y son responsabilidad del Ministerio de Defensa y de la empresa pública Rosatom, que reciben apoyo financiero y técnico de Estados Unidos a través del Programa Internacional de Protección de los Materiales Nucleares y de Cooperación.

En el uso civil de la energía nuclear Rusia disponía en octubre de 2009 de 31 reactores nucleares ubicados en 10 centrales, supervisados por la empresa Energoatom, aunque está desarrollando un ambicioso programa de reactores y centrales nucleares con el fin de alcanzar un total de 59 nuevos reactores con una capacidad de producción eléctrica equivalente 36.680 MWe/año equivalente al 25-30% del consumo eléctrico total del país en el año 2030.

Por lo que atañe al arsenal nuclear con fines militares el objetivo declarado por las autoridades rusas es mantener una «modernización equilibrada» de los componentes de la *tríada nuclear* (ICBMs terrestres; submarinos estratégicos con misiles balísticos y Fuerza Aérea Nuclear) heredada de la etapa soviética. En octubre de 2009 las estimaciones sobre el arsenal nuclear militar ruso se situaban en aproximadamente 13.000 cabezas, de ellas, 2.668 serían estratégicas y 2.050 tácticas, estando operativas 4.718 ojivas. El resto, unas 8.300 cabezas, permanecían en reserva o a la espera de ser desmanteladas (a razón de 1.000 ojivas al año).

Por lo que se refiere a las fuerzas estratégicas de misiles, existen 367 ICBM,s (lo que significa una reducción sustancial con respecto a los 453 misiles existentes en 2008), con capacidad para portar 1.248 ojivas, incluyendo 59 misiles R59 R-36MUTTH y R-36M2 (SS-18), 70 misiles UR-100NUTTH (SS-19), 174 misiles móviles terrestres *Topol* (SS-25) y 64 misiles *Topol-M* (SS-27), de ellos, 49 misiles con sistema silo-estacionarios y 15 misiles móviles terrestres (de una sola ojiva nuclear). Rusia completó el despliegue del *Topol-M* (SS-27) a finales del año 2008. Los planes del Gobierno ruso contemplan disponer de 34 misiles móviles terrestres *Topol-M* para el año 2015, además del nuevo misil de ojiva múltiple RS-24 (una versión del *Topol M* con sistemas que le permitirían atravesar el escudo antimisiles norteamericano) cuyo despliegue estará condicionado a los resultados de las negociaciones del Tratado START III. También hay que considerar que en la actualidad la flota rusa incluye 13 submarinos estratégicos de cuatro tipos diferentes, dotados con 165 misiles balísticos (SLBM,s) capaces de portar un total de 591 cabezas nucleares.

En resumen, la decisión acerca de la modernización del arsenal nuclear ruso ha estado más motivada en los últimos años por intereses institucionales internos de cada uno de los servicios y por la capacidad (o habilidad) de los militares (con un peso cada vez menor en el proceso de adopción de decisiones relativas a la modernización del arsenal nuclear) y de la industria (con un peso cada vez mayor) a la hora de poner en marcha nuevos proyectos, que por una nueva carrera de armamentos, como muchas veces se ha señalado y, de forma especial, por la decisión de Estados Unidos de desplegar un sistema de defensa antimisiles.

Por lo que atañe a las Fuerzas Armadas, las reformas se iniciaron inmediatamente después de la desmembración de la URSS con la reducción de medio millón de efectivos, la desaparición de los comisariados políticos, el reforzamiento de la organización periférica en detrimento de los órganos centrales y la creación del Consejo de Seguridad Nacional, todo ello unido a una reducción del presupuesto de Defensa a la mitad del existente en el año 1988.

Los resultados de la crisis experimentada por las Fuerzas Armadas rusas se pudo apreciar claramente en la primera guerra de Chechenia, a partir del año 1994, lo que provocó la puesta en marcha de una segunda reforma en 1996 que quedó en buena medida reducida en sus objetivos como consecuencia de la crisis financiera del Estado del año 1998 y los subsiguientes recortes presupuestarios.

Con la llegada del presidente Putin, la reforma y modernización de las Fuerzas Armadas se convirtió en uno de los objetivos prioritarios de su mandato, lo que se puso de manifiesto con la adopción del Nuevo Concepto de Seguridad Nacional en marzo de 2000. La reforma iniciada en 2003 con la «Doctrina Ivanov» demostró que a pesar de su retórica, la élite militar rusa todavía cree que es posible una guerra a gran escala con la Organización del Tratado del Atlántico Norte o incluso con China, y que las fuerzas rusas deben estar preparadas para ejecutar todo tipo de operaciones, desde una guerra nuclear a gran escala a misiones de mantenimiento de la paz y de contrainsurgencia.

Por otra parte, la «Visión de la Defensa» del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa divide las nuevas misiones que deben cumplir sus Fuerzas Armadas en las siguientes cuatro categorías generales:

enfrentarse a las amenazas para la seguridad o los intereses de la Federación Rusa; defender los intereses nacionales, tanto de carácter político como económico; llevar a cabo operaciones militares en tiempo de paz y el empleo de la fuerza militar.

Para abordar los objetivos de la doctrina estratégica rusa, se ha iniciado un amplio programa de modernización del Ejército ruso que con su 1.100.000 efectivos y un sistema de recluta obligatoria todavía vigente, ha demostrado sin embargo una limitada operatividad en la reciente guerra de Georgia.

Habida cuenta de que a corto y medio plazo el Ejército ruso no va a poder prescindir de los efectivos aportados por el reclutamiento forzoso pero, al mismo tiempo, necesita potenciar la capacidad de proyección de fuerza y la eficacia de sus Fuerzas Armadas, la reforma descansa sobre la creación de unidades de élite profesionales con un adiestramiento avanzado, un armamento moderno y un amplio cuadros de suboficiales experimentado.

También se está realizando un importante aumento del presupuesto de Defensa, que ha alcanzó los 32.000 millones de dólares en el año 2007 (2,9% del PIB) cuadruplicando el gasto de 2001, como respaldo financiero a la amplia modernización de sistemas y plataformas que se está realizando de acuerdo con el Programa de Armamentos del Estado 2007-2015.

Tal vez lo más destacable de la reforma de las Fuerzas Armadas desarrollada durante la Presidencia de Putin y continuada por su sucesor es el creciente control de las autoridades políticas civiles sobre los máximos órganos militares. Un control que ha generado importantes resistencias dentro de los mandos militares y que han obligado a la retirada de oficiales considerados hasta fechas recientes intocables como el primer viceministro y jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, Yuri Baluyevsky, sustituido en junio de 2008.

Todavía faltan algunos años para que la reestructuración de las Fuerzas Armadas le permitan disponer a los dirigentes rusos de una capacidad y operatividad militar equiparables a la de potencias como el Reino Unido o Francia, pero la voluntad política de alcanzar este objetivo es firme y, sin ninguna duda, ese momento llegará y mientras tanto Rusia seguirá utilizando su arsenal nuclear estratégico como su principal medio militar de disuasión.

6. Finalmente, el estudio de Rusia quedaría incompleto sin una referencia a los cambios experimentados por los Servicios de Inteligencia, ya que constituyen uno de los elementos fundamentales del *complejo militar-industrial* que ha asumido el Gobierno del país desde 1999.

En efecto, la figura de Vladimir Putin personifica el poder alcanzado por los Servicios de Inteligencia dentro de la Administración del Estado ruso y que ya se constató en la etapa soviética con la llegada de Yuri Andropov a la Secretaría General del Partido Comunista en el año 1982. Durante la etapa de Yeltsin, los miembros del antiguo Comité de Seguridad del Estado (KGB) pasaron a ocupar altos cargos en la Administración presidencial en un proceso que se denominaría de *KGBización* y que explica el ascenso de Putin al frente del Estado.

Tras la desintegración de la URSS, el antiguo KGB experimentó una primera e importante reestructuración, siguiendo un criterio de descentralización orgánica, según el cual las diversas direcciones de la extinta KGB se transformaron en varias Agencias de Inteligencia: el Servicio Federal de Seguridad (FSB) encargado de la contrainteligencia; el Servicio de Inteligencia Exterior (SVR), la Agencia Federal Gubernamental de Comunicaciones e Inteligencia (FAPSI), la Dirección Principal Presidencial de Programas Especiales (GUSP), la Dirección Principal de Seguridad (GUO) y el Servicio de Fronteras.

Naturalmente, la proliferación de agencias de seguridad orgánicamente independientes provocó una importante descoordinación y una notable pérdida de eficacia que fácilmente se pudo apreciar en la primera guerra de Chechenia y en la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado.

Con la formulación por Putin del Nuevo Concepto de Seguridad Nacional en 2000 y, más tarde, de la nueva doctrina de defensa «Doctrina Ivanov» en 2003, los servicios de inteligencia y seguridad experimentaron una nueva reorganización. La Guardia Fronteriza se convirtió en parte de la FSB, y el FAPSI se dividió entre el FSB y el Servicio Federal de Seguridad. Además de esto, el Ministerio de Interior cayó bajo el control total de la FSB. En lo que se refiere al GRU se convirtió por un tiempo en el principal organismo de inteligencia del mando principal de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) de las Fuerzas Armadas, pero con la creación del Ministerio de Defensa pasó a convertirse en el principal Servicio de Inteligencia Militar de Rusia.

Por otra parte, una de las potencialidades más importantes de los servicios rusos de seguridad e inteligencia lo constituye la amplia red de vínculos que todavía mantiene con las agencias análogas de algunas repúblicas independientes y de países del antiguo Pacto de Varsovia. La colaboración doctrinal, operativa y de formación con muchas de estas agencias de seguridad permanece viva y confiere a los dirigentes de Moscú una influencia nada despreciable sobre los países de la CEI.

Conclusiones generales

Del conjunto de análisis desarrollados por este grupo de investigación se desprende una conclusión general: la Federación Rusa posee las capacidades territoriales, económicas, tecnológicas y militares para intervenir como una potencia mundial y la voluntad política de ejercer ese liderazgo. La prioridad en su proyección internacional es garantizarse la seguridad nacional, el desarrollo económico y la estabilidad política en colaboración con Estados Unidos, Unión Europea, China y otras potencias regionales de acuerdo con una estrategia multipolar y multilateral.

Por ese motivo, cualquier iniciativa unilateral que los dirigentes rusos perciban atentatoria para sus objetivos nacionales será contestada internacionalmente de forma gradual y proporcionada pero sin excluir el uso limitado de la fuerza, lo que ya se pudo comprobar con las intervenciones militares en Tayikistán (1991-1997), Kosovo (1999) y Georgia (2008).